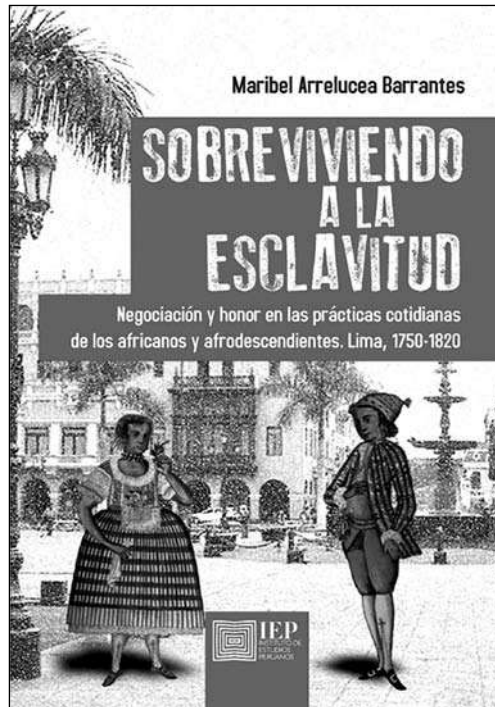


de cuatrocientos años de historia” (p. 156) con nuevos recursos aprendidos. Por eso también Lundu niega matar a la culebra, como invita el poema de Guillén. Quitarle la vida supondría cercenar también la historia olvidada de los y las ancestras. En lugar de ello, propone mirarla directamente a sus ojos vidriosos. Con ello, las interrogantes por la identidad no terminan. Todo lo contrario. Ahora demandan la inclusión y reclaman vida social, la crean, por medio de la voz y la letra –*poesis* significa crear–: “En la filosofía del guetto lundu gira como un satélite / haciéndote recordar que debemos vivir en una ‘comunidad’: ¿interracial-intercultural-insurrecta? o simplemente ¿inn?”

JOSÉ MIGUEL VIDAL

**Arrelucea Barrantes, Maribel**  
***Sobreviviendo a la esclavitud. Negociación y honor en las prácticas cotidianas de africanos y afrodescendientes.***

Lima, 1750-1820. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2018, 439 pp.



La esclavitud colonial es un problema histórico para entender el presente. En su complejidad, este fenómeno nos permite entender la construcción, desarrollo y existencia de la colectividad afroperuana en nuestros tiempos, tan heterogénea en sus reivindicaciones, intereses y vida cotidiana como sus antiguos ancestros africanos y afrodescendientes de la época colonial. Así lo comprende la historiadora Maribel Arrelucea Barrantes, connotada investigadora formada en la Universidad Nacional de San Marcos y cuya valiosa trayectoria académica ha tenido como eje central la vida de africanos y afrodescendientes del periodo colonial, con especial énfasis en la cotidianidad, las relaciones de género, entre otros importantes temas.

Su más reciente publicación, que lleva por título *Sobreviviendo a la esclavitud* (Instituto de Estudios Peruanos, 2018), es una invitación a repensar este fenómeno colonial. Surge así la necesidad de alejar el estudio de africanos y afrodescendientes de aquellos estereotipos y márgenes valorativos del presente, en los cuales muchos activistas resaltan la rebeldía y resistencia. Sin negar que existieron, es necesario prestar también mayor atención a la vida cotidiana, aquellas prácticas de negociación, estima y honor que también fueron usadas por estos actores para participar de tan compleja sociedad.

El objetivo central del libro es explicar la existencia de prácticas cotidianas empleadas por africanos y afrodescendientes para sobrevivir a la esclavitud durante la segunda mitad del siglo XVIII. En efecto, dos argumentos principales se desprenden del estudio de estas prácticas cotidianas bajo el enfoque de la negociación. En primer lugar, los hombres y mujeres esclavizados tuvieron lo que los historiadores británicos han denominado *agency* (capacidad de agencia), es decir, la posibilidad de que sus prácticas y acciones modifiquen, muchas veces de manera silenciosa, el orden social. Estos hombres y mujeres esclavizados, como señala Arrelucea sobre la base de una amplia fuente documental, “litigaron, se casaron, bautizaron a sus hijos, fueron testigos en

los tribunales, algunos se liberaron y dejaron huellas de sus transacciones comerciales” (p. 85). En segundo lugar, en lo relativo a la sociedad colonial, las prácticas cotidianas evidencian un escenario en donde los esclavizados eran parte del pacto social, es decir, del conjunto de convivencias y normas sociales que, en lugar de ser rígidas, se caracterizaban por su flexibilidad. Mediante el honor, las buenas costumbres, la aculturación y otras medidas, los esclavizados podrían ejercer su capacidad de agencia y transformar el sistema. Empero, este pacto social también tenía límites y aquellos que los trasgredían eran categorizados con estereotipos degradantes “deshonrados, delincuentes y peligrosos”.

Un punto que genera polémica en el debate que plantea la autora es su afirmación de que “no todos los esclavizados quisieron romper con el sistema y ser libres”. Como señalamos en líneas anteriores, la propuesta de reivindicación de muchos activistas pasa por enaltecer las grandes rebeliones o levantamientos como mecanismo de libertad asegurada. Sin embargo, Arrelucea propone que “para algunos africanos y afrodescendientes, la meta fue ganar algunos grados de honor, ascender social, individual o generacionalmente, y alcanzar el bienestar dentro de los marcos esclavistas” (p. 27). No obstante, consideramos que no se debe entender esto como una naturalización de la esclavitud, sino que las propias condiciones del sistema esclavista, como hemos explicado, permitían a los hombres y mujeres dentro de esta condición transformar su entorno, ganar espacios de acción sin salir de los marcos esclavistas.

Para explicar este argumento a lo largo del libro, Arrelucea divide el texto en tres partes. En el primer apartado, *Esclavitud y orden colonial*, la autora realiza un análisis demográfico de la esclavitud en el Perú: explica los datos sobre los principales lugares de asentamiento y, al mismo tiempo, los compara con contextos de esclavitud en otros territorios americanos, donde las condiciones económicas y de mano de obra hicieron posible una trata esclavista a gran escala con marcos de acción

más rígidos (por ejemplo, Brasil y el Caribe). En el caso peruano, la autora argumenta que las características particulares de la esclavitud y la flexibilidad dentro de aquel marco fueron posible gracias a una esclavitud a menor escala. Por ejemplo, aquellas flexibilidades se materializan en el trato cotidiano más personal entre amos y esclavizados (p. 57). Esto también denota una complejidad social más profunda, un entramado en el que esclavizados y libres convivieron de cerca, pues otro eje transversal a lo largo de la obra son los contactos y vínculos que generaron los africanos y afrodescendientes entre sus pares y con todo el cuerpo social.

En el segundo apartado, *Esclavitud, familia y honor*, la autora desarrolla, sobre la base de ejemplos, las posibilidades que tenían africanos y afrodescendientes de desempeñar una vida social compleja, es decir, “librarse” de los marcos esclavistas rígidos para poder interactuar con sus pares, sean libres o esclavos, casarse, litigar en tribunales, pelear por su honor, entre otros. Cabe destacar la diferencia que señala Arrelucea entre “*esclavitud arcaica*”, representada por el trabajo en las panaderías, y “*esclavitud relativa*”, una forma más flexible y de mayor apertura vinculada a la pequeña propiedad y el trabajo doméstico, las cuales muestran la heterogeneidad de este fenómeno social. Sobre el tema de la familia, es interesante la propuesta conceptual para comprender los vínculos afectivos, es decir, entender la familia más allá de compartir una residencia común y cohabitación. (p. 135). De esta manera, en una familia de africanos y afrodescendientes existían tanto esclavizados como libres cercanos a los núcleos familiares o separados por las propias condiciones del sistema esclavista. Presenta como paradigma las condiciones a las que se enfrentaba una familia de africanos y afrodescendientes en una hacienda jesuita durante el siglo XVIII. De otra parte, este segundo apartado termina exponiendo el tema relativo al honor, entendido como la capacidad efectiva de litigar, tanto verticalmente en la relación esclavizado–amo como horizontalmente entre los

africanos y afrodescendientes. Como evidencian las fuentes documentales utilizadas por Arrelucea, el honor aparece como una forma de transformar los marcos sobre la esclavitud, tanto de forma negativa, en cuanto a las injurias, mayoritariamente de tipo sexual o delictivo, las cuales degradaban a los individuos en la sociedad. La autora concluye que las cuestiones de honor jerarquizaron y crearon “una comunidad solidaria y enfrentada al mismo tiempo” (p. 157).

Finalmente, en la tercera parte del libro, *Esclavitud y transformación del sistema esclavista*, Arrelucea desarrolla lo que podríamos considerar como el grueso de la argumentación. Presenta los diversos escenarios de acción de africanos y afrodescendientes para transformar un fenómeno donde eran, al mismo tiempo, receptores y agentes de cambio. En esta parte, la autora cuestiona los presupuestos de la historiografía tradicional que enfatizaba en los actos de rebeldía de africanos y afrodescendientes, lo que a su opinión “plantea una dinámica social violenta” (p. 187). Expone Arrelucea que, en el sistema esclavista que relacionaba a africanos y afrodescendientes con sus amos y con el resto de la sociedad, existieron matices, es decir, diferentes acciones que, entendidas en conjunto, transformaron la sociedad colonial. Este proceso de resistencia, en sentido amplio, pasa al menos por tres categorías graduales que presenta la autora. En primer lugar, una negociación dentro de los marcos propios de la sociedad colonial, ejemplificada por las relaciones en las cofradías y los litigios en tribunales. En segundo lugar, los ejemplos de aquellos africanos y afrodescendientes que por su conducta eran cuestionados dentro del orden social, sin dejar de pertenecer a este, pero alimentando estereotipos y construyendo imágenes representativas como, por ejemplo, hechiceras, torpes, flojos, vagos, ebrios, etc. En tercer lugar, la ruptura efectiva de los miembros de este colectivo con el pacto social, donde se ubicarían aquellos que trasgredieron las normas totalmente; por ejemplo, cimarrones, ladrones, palenqueros, etc.

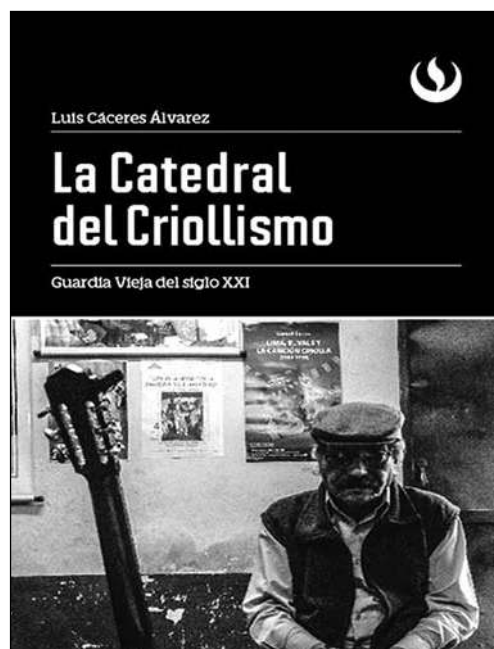
Esta mirada amplia sobre africanos y afrodescendientes en su relación con la dinámica social permite comprender que la resistencia violenta, sobre la cual es imposible negar su existencia, no fue la norma común dentro del comportamiento de los actores.

A modo de síntesis, este libro permite comprender que las prácticas cotidianas sí lograron transformar, a largo plazo, las relaciones sociales que explican el fenómeno de la esclavitud en Lima. Se concluye, entonces, que es una tarea pendiente para académicos y activistas afroperuanos conocer más sobre la cotidianidad de aquellos hombres y mujeres quienes “de manera silenciosa y sin mucho ruido” aportaron también a la construcción de lo que hoy entendemos como colectividad afroperuana, y, de la misma manera, del Perú como síntesis cultural.

W. J. RICARDO AGUILAR SAAVEDRA

**Cáceres Álvarez, Luis**  
***La Catedral del Criollismo. Guardia Vieja del Siglo XXI.***

Lima: UPC, 2017.



Suele ser bastante habitual que cuando se redacta la reseña de un libro, se opte por el camino de la *disección*. A partir de un objeto considerado ya como inerte –el libro– y prescindiendo entonces del autor, segmentamos los temas principales de la publicación, los analizamos, emitimos una opinión y damos por finalizada nuestra labor.

Sin embargo, debemos advertir desde un inicio que este comentario sobre *La Catedral del Criollismo* no ha de seguir ese camino por tres razones fundamentales. En primer lugar, porque un libro se revivifica con cada lectura de él, de modo que siempre mantiene su existencia en aquella persona que emprende la aventura de leerlo. En segundo lugar, porque siempre hemos creído –con Von Humboldt– que el lenguaje (oral o escrito) es *energeia y no ergon*; es decir, que una palabra no habita en los diccionarios, sino en el decir de la gente. En tercer lugar, porque creemos que si emprendiésemos la vía de la disección estaríamos traicionando la intencionalidad de Luis Cáceres, quien nos dice –desde el inicio de su obra y refiriéndose al criollismo– que “Desde el momento en que un cantor de sesenta, setenta u ochenta años remueve los sentimientos más profundos del ser, está completamente vivo” (p. 15). Añade, mucho más adelante, con Antonio Graña: “vivir el vals, la música, como si fuera tu historia. No como un show, sino... ¡Vivir tu historia! Allí está el sabor, porque la persona le da significado a ese mundo alrededor” (p. 65).

Y lo dicho anteriormente no solo es válido para el género musical en sí, lo es también para este libro y este autor, quien en esta, su opera prima, escrita al borde de sus juveniles treintas, le da a su libro no solo un carácter testimonial, sino –más allá de ello– un carácter vivencial. El joven, nacido en Breña, que pasó allí dos escasos años de su vida, volvió sobre sus pasos y encontró en la sede de La Catedral del Criollismo (situada precisamente en Breña) parte de su ADN cultural marcado por su nacimiento. Y el libro –tal vez sin que el autor se lo proponga– es una celebración de este feliz reencuentro, escrito en un lenguaje que no

solo es aquel del periodista-testigo, sino del bardo que le canta al criollismo.

A propósito de la perspectiva desde la cual se podría escribir un relato, el gran Tzevan Todorov nos decía que el autor podía optar por tres modalidades. Una de ellas era lo que él llamaba la *visión desde fuera*. Es decir, dar un testimonio lo más objetivo posible de lo relatado, lo que aquí –a propósito de esta reseña– hubiese sido una disección, tal como lo dijimos antes. Una segunda modalidad sería aquella de la *visión por detrás*: un dar cuenta desde una sabiduría infinita del tema. Finalmente, una tercera modalidad sería aquella de lo que Todorov llama *visión con*: a propósito de una reseña, involucrarse con el libro comentado y con su autor.

No espere, señor lector, que esta sea una reseña ni desde fuera, ni por detrás. Este es un comentario sobre *La Catedral del Criollismo* y sobre Luis Cáceres hecha desde una *visión con*. No solo porque Luis Cáceres fue un alumno al que aprendimos a valorar en el aula (pues fue alumno nuestro en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas), sino porque durante los tres años que Luis invirtió compartiendo trabajo de campo y diversión en *La Catedral*, fuimos testigos e interlocutores de sus hallazgos. Cada día que pasaba, así como Wendor Salgado Bedoya, personaje principal del libro y “guardián del criollismo” –como Luis lo llama– que, “Vive en el santuario de júbilo”, así Luis Cáceres había también ingresado a ese santuario, con ese mismo júbilo, y lo hacía cada vez más contagioso hasta llegar a este libro.

“Los cuatro puntos cardinales del criollismo en Lima eran Barrios Altos, Monserrate, El Rímac y La Victoria” (p. 43). Luis nos explica en su libro pormenorizadamente cómo y por qué Breña se incorporó a ese circuito y cómo gracias a la tesonera labor de Wendor Salgado Bedoya se vinculó a la casa de este ese santuario al cual todos hoy reconocen como *La Catedral del Criollismo*.

“Bajo la dirección del dueño de casa, viejos amigos logran reunirse todos los días del año a partir de las cinco de la tarde durante tres horas